

Escribí muchas cartas

HACE DIEZ AÑOS que no escribo nada. Miento: escribí muchas cartas, algunas con destinatario y otras sin él, pero eso no cuenta. Cuando digo que hace diez años que no escribo nada me refiero a que hace una década que no me siento frente al papel en blanco sin tener nada predispuesto para narrar. Ahora, por primera vez en tantos años, en pleno cambio de milenio, he vuelto a empuñar mi pluma de tinta reseca y a comenzar a garabatear palabras sin sentido que, con el discurrir de los minutos, se tornan frases incoherentes y luego oraciones perfectamente cabales y, después de un par de horas, en una historia. He empezado a escribir otra vez, como si hubiera nacido de nuevo, porque es que tengo que empezar de nuevo, no sólo este papel en blanco, sino el folio sucio de mi vida. Borrón y cuenta nueva, se dice. Pero es más difícil hacerlo, sobre todo después de haber sentado la cabeza tras una juventud excesiva y exhaustiva, después de haberla sentado, digo, por haber encontrado al hombre de mi vida. Es muy difícil, sí, es tan difícil hacer borrón y cuenta nueva cuando estás convencido de que has encontrado al hombre de tu vida y el tiempo te demuestra que sólo era el hombre de unos meses... Es tan complicado tirar el borrador a la papelera y comenzar de nuevo cuando Juanjo se ha ido... Porque Juanjo se ha ido. Si no, no

tendría que tirar nada, no tendría que borrar nada, no tendría que contar de nuevo. Porque mientras Juanjo estuvo aquí, la diferencia entre el haber y el debe siempre me salió positiva. Y ahora, ya no.

Me siento diferente a cuando escribía hace diez años por dos motivos: porque he olvidado muchas cosas de mi tarea como escritor y porque esta vez voy a contar algo que no sale de mi cabecita, sino que lo he exprimido en estos diez años de amor, desencanto, odio y pasión, lo voy a contar con estas manos que ya no son suaves, que ya no son dulces, que ya no son tan sabrosas como muchos me dijeron. Ahora que lo pienso, también me siento extraño ante este papel en blanco porque ya no escribo para el futuro, para los que me lean cuando muera, como antes soñaba, sino que escribiré esto para mí mismo, para saber que tengo aún los recuerdos en el quicio de mi cerebro.

Estoy buscando una buena razón para haber dejado de escribir y no la encuentro. No la encuentro porque no existe. Dejé de escribir como el que olvida lo que ha soñado la noche anterior: al principio sentía que me faltaba algo e intentaba recuperarlo pero, con el paso del tiempo, me fui acostumbrando a no escribir, hasta que olvidé que alguna vez no podía estar dos días sin hacerlo. Claro que antes escribía porque tenía mucho tiempo libre. Dos horas, tres horas, cuatro horas diarias sin ninguna obligación ni deber hacen al hombre ocioso o artista, y a mí me hicieron ambas cosas a la vez. Tuve una temporada tan solitaria que escribía una media de veinte páginas al día sin titubear.

Y todo porque me prometí que nunca sería homosexual. Ya sé que suena estúpido e incluso incoherente, pero había descubierto mis tendencias tan pronto que tenía miedo de haberme equivocado. En cuarto o quinto de EGB, en unas rutinarias clases de natación en la piscina cubierta del barrio,

sufría erecciones que me dejaban exhausto al contemplar cómo el monitor se desnudaba sin pudor ante nosotros, mostraba su abundante mata de pelo negro entre las piernas, su miembro asomando entre esa maraña de vello, y se duchaba limpia y acompasadamente, sin ruborizarse, ante la mirada atónita de cuantos aún no contábamos con un mísero pelo en las axilas.

Claro que no todos mirábamos la escena con las mismas sensaciones. Mientras Chechu cuchicheaba que él se pondría así cuando fuera mayor, Carlos sentenciaba que su padre tenía el mismo aparato y Manzano dejaba caer un significativo “joder” que denotaba que eso era mucho para él. Yo me quedaba callado porque estaba boquiabierto ante tal maravilla de la naturaleza que se me había puesto delante de los ojos para goce y disfrute de todos mis sentidos pero, sobre todo, porque si hubiera articulado palabra lo único que hubieran pronunciado mis labios hubiera sido: “Quiero chupar esa polla”.

No sé cómo se lo habrían tomado mis compañeros de vestuario, pero estoy seguro de que se hubieran caído de culo si hubieran sabido que me masturbaba dos veces al día mientras cerraba los ojos e imaginaba que el monitor de natación me ponía de esta forma y de esta otra, me lamía los testículos, me dejaba que le saboreara su miembro y, luego, suavemente, me penetraba. Claro, al final me decía que ése sería nuestro secreto, y que siempre que quisiera podría pedirle que me hiciera el amor. Los niños tienen mucha imaginación. Quién me iba a decir a mí, cuando veía el chorro de agua caliente cayendo sobre aquel pecho que parecía de piedra, que algún día aquel sueño se iba a hacer realidad. Bueno, no en la misma situación: él seguía teniendo quince años más que yo y había envejecido muy mal, y yo ya no tenía mucha ilusión porque me penetraran, ni él ni nadie, después de un mal bicho me hubiera metido en el

culo un extintor de incendios. Pero eso es otra historia que llegará a su debido tiempo.

Si mis amigos hubieran sabido que, cada vez que me agarraba el pene erecto, pensaba en que era la mano del monitor de natación la que me lo masajeaba y no la de la Verónica, como les decía, se hubiera montado un número lamentable. Porque, parece mentira, pero aquí un servidor tenía fama de hombre muy hombre (más bien, niño muy niño) porque superaba en agresividad a cualquiera de ellos, demostraba ser más cruel que ninguno y me enorgullecía de tener menos escrúpulos que una mala bestia. Eso no tiene nada que ver con el hecho de que te gusten los hombres, pero la imagen prepotente que me habían asignado se hubiera derrumbado de haber sabido que a mí, cosas de la vida, me tira más una polla que dos tetas.

Así que me forjé una infancia a base de machismo y virilidad, hombría y decisión en las actuaciones, lo que era incompatible con mis verdaderos sentimientos sexuales. Y me empecé a avergonzar de lo que sentía en ocasiones, sobre todo cuando los chicos de mi pandilla comenzaron los primeros escauceos amorosos. En principio no se trataba más que de flirteos vagos con tal o cual mocita a la que le habían crecido los pechos con inusitada prontitud. El amor en aquella época no pasaba de rozarle los pezones o besarla en la mejilla, así que no tuve mucho inconveniente en dar rienda suelta a mi masculinidad y convertirme así de nuevo en el referente obligado de mis compañeros. Todo porque se me ocurrió pedirle a la Verónica si quería salir conmigo. Había sido todo fruto de una apuesta y yo estaba rezando por perderla, pero resultó que me contestó con la palabra del lenguaje que más odio desde aquel momento: “Sí”.

Lo dijo tajantemente, como si lo estuviera esperando, y a mí me dio un vuelco el corazón. No de amor, sino de susto. Entonces comprendí varias cosas: la primera, que a mis catorce años comenzaba a ser un chico apuesto y atractivo, pues todos los chavales del colegio se morían por los huesos de la Verónica y muchos habían recibido calabazas por intentar lo que yo había conseguido, mal que me pesara; la segunda, que cuando no te sientes capacitado para hacer algo, lo mejor es no ponerte a prueba; y, la tercera, que aquella iba a ser la prueba definitiva. Porque yo seguía masturbándome con tanta fruición como en los tiempos de las clases de natación, aunque ahora con modelos diferentes, porque aquél se había ido diluyendo en el recuerdo. Ahora pensaba en el novio de mi hermana, que era bastante feo pero fuerte, e incluso en algún chico del colegio, algún compañero de la pandilla.

Así que empecé a salir con la Verónica, en plan novios de los de antes, porque ella era muy refinada y quería llegar virgen al matrimonio y, sobre todo, porque yo estaba encantado de que no me deseara carnalmente. Fui, como digo, el referente de mis compañeros porque yo a ellos les contaba todo lo contrario: que en el portal de mis abuelos le pellizcaba con un poco de saliva en los dedos los pezoncitos enhiestos, que luego le subía las faldas y le metía el índice en su agujerito y, cuando lo tenía muy húmedo, entonces le metía el índice y el corazón, porque así le daba más gustito. Con itos por aquí y por allá, porque así parecía que estaba enamorado. Lo que estaba era asqueado de pensar en lo que estaba contando, así que no quiero ni imaginarme lo que hubiera sucedido si lo hubiera hecho en realidad. Mis amigotes empezaron a hacer en sus relaciones lo que mi imaginación les contaba, así que fui un verdadero maestro, pero de esos que dice: “Tú haz lo que debes, no lo que me ves hacer”.

Lo que yo no sabía era que la Verónica, la muy zorra, iba a sus amiguitas con el cuento de que el Antonio, o sea, yo, ni siquiera le había besado la mejilla, así que cómo podían pensar que yo le iba a toquetear las tetas y hurgar con mis manazas grandes entre sus braguitas de encaje. Está claro que entre muchachos no hay secretos, así que las chicas se enteraron de yo ni fu ni fa, y los chicos de que ni fa ni fu. Es decir, que yo sé, porque lo sé, que empezaron a cuchichear en corrillos, fuera de mi alcance, que me comportaba como un mariquita.

En aquella época me había dado por masturbarme a ritmo de los Beach Boys porque me había pasado un verano entero viendo uno y otra vez los vídeos de rubios musculosos y semidesnudos en las playas californianas, así que, cuando me enteré de que todos me llamaban El Maricón cuando no estaba presente, llegué a mi casa, puse el vinilo de los Boys y me tumbé en la cama. Esa noche cayeron sobre mi pecho cinco tandas de semen, una por cada masturbación. Las tres primeras las conseguí coordinar con las canciones iniciales del disco, pero las dos siguientes las escaloné de tal forma que no me obsesionara. Porque lo único que quería era vaciarme por dentro, correrme cuantas veces fuera preciso hasta quedar en los huesos, que no me quedara piel ni carne en la que albergar los sentimientos que tenía. Mi objetivo con aquellas pajas suicidas era obtener todo el placer homosexual que necesitaba mi cuerpo para, así, poder olvidarme de él y centrarme ya en mi placer natural, el heterosexual. Quería tener asco a los Beach Boys, a sus rubios desquiciantes, al novio de mi hermana, a los chicos guapos de mi pandilla, al monitor de natación, cosiéndome a pajas hasta morir de homosexualidad. Y, luego, claro está, renacer a la heterosexualidad, normal y fácil.

¿Y qué conseguí en realidad después de los cinco masturbaciones ininterrumpidas? Tres cosas: primera, un dolor

en el pene que se fue convirtiendo en hinchazón y luego en escozor; segunda, un panorama desolador de mi cama y mi pecho, ambos cuajados con gel blancuzco y pegajoso, del que todavía hoy me quito algún resquicio seco de dentro del ombligo; y tercera, un odio profundo, irreconciliable hacia los Beach Boys. Porque lo otros, lo que yo pretendía, no lo conseguí, ni entonces ni luego. Entonces porque no puede; luego, porque ya nunca más quise.